

Nápoles entre aclamaciones (1391), pero no por eso dejó de verse en precisión de abandonar el trono á Ladislao.

Este príncipe, que había crecido en medio de los peligros y de las guerras civiles, se había acostumbrado á las intrigas, al mismo tiempo que su valor se desarrollaba con la edad; tan pérfido en política y más ambicioso que Juan Galeazo, se había propuesto por objeto renovar la gloria de Federico II, y decía: *O César ó nada*. Después de haber obtenido la corona de Hungría y domeñado á sus enemigos, se aprovechó de las turbulencias escitadas por el gran cisma para ocupar á Roma, de donde se declaró rey (1408). Atentos los florentinos á impedir á todo potentado el dominar en Italia, no quisieron reconocerle; asalariaron contra él á Braccio de Montone y favorecieron á Luis II, que coronado en Aviñon, pasó los Alpes con los socorros que le proporcionó el papa. Ondearon las flores de lis á la cabeza del ejército, y los florentinos reunidos á los sieneses se apoderaron de Roma. Venció Luis á Ladislao en Rocaseca; pero escaso de dinero vió al vencido comprar todos sus soldados, y se vió precisado á retirarse vergonzosamente (1411). Mediaron entonces los florentinos entre el rey y el papa para hacerle firmar la paz; pero Ladislao se aprovechó de la primera ocasion para invadir de nuevo á Roma. Disponíanse los florentinos á volverla á recobrar, cuando fué atacado de una terrible enfermedad atribuida al veneno ó á filtros; presa de tiempo en tiempo de accesos de rabia, durante los cuales se entregaba á atroces crueldades, concluyó por morir á la edad de cuarenta años en los trasportes de un verdadero frenesí (1414).

Juana II.—Mayor que él de tres años, su hermana Juana II le sucedió. Deforme y voluptuosa, fué el juguete de indignos favoritos. Jacobo II de Borbon, conde de la Marca, con quien contrajo matrimonio, queriendo ser rey de hecho y no en nombre, la puso en prision é hizo aplicar el tormento al gran senescal Pandolfello Alogo, su amante. Los barones y el pueblo, indignados al ver á su reina tratada como una esclava, la arrancaron de manos de sus carceleros, y Jacobo se vió reducido á sufrir humillantes condiciones: vióse á su vez aprisionado; después se fué, cuando estuvo libre, á morir en un convento. Con él fueron arrojados los franceses de todos los empleos que pasaron á los italianos; y el señor Gian Caracciolo fué investido con toda la confianza de la reina.

Lleno de habilidad y prevision, amado del pueblo que le agradecía proveyesse á su subsistencia, hubiera dominado arbitrariamente si no hubiese encontrado la oposicion de Atendolo Esforcia, padre del que fué duque de Milan. Gran guerrero no menos que habil político, esperimentó diferentes alternativas en el favor de los reyes de Nápoles, pasando de la carcel al gobierno, del mando á las cadenas, hasta que se resolvió en union de su partido á hacer la guerra á Caracciolo; pero

viendo que sucumbia en tal empresa, no vaciló en despertar las antiguas parcialidades de los Durazzo y los Angevinos, que debian ocasionar al pais tantos desastres y una servidumbre extranjera de tan larga duracion.

Dirigióse Esforcia á Luis III, sucesor de Luis II de Anjú, invitándole á reivindicar sus derechos, y nombrado virey por este príncipe, reunió un ejército, y Luis se presentó personalmente con una escuadra; pero tuvieron que combatir por tierra con Braccio de Montone, capitán de aventureros, y por mar con Alfonso, rey de Aragon y de Sicilia, á quien adoptó Juana. Luis, privado por su habil enemigo de la amistad del papa y del amor venal de Esforcia, se alejó después de sufrir una completa derrota; pero Alfonso, no pudiendo tolerar la arrogancia de Caracciolo ni las tramas que urdía para suplantarle, le mandó prender. Llena de susto Juana, se encerró en el castillo de Capuano (1423), desheredó á Alfonso en favor de Luis III y llamó en su ayuda á Esforcia, quien no la salvó sino con gran trabajo. Entretanto Alfonso se vió obligado á dirigirse á Aragon, y ella logró recuperar su capital, merced á los auxilios que la proporcionaron Génova y Felipe Maria Visconti, y Braccio, la mejor espada de aquel tiempo después que Esforcia, que se había ahogado en el rio Péscaro, derrotado y herido se dejó morir. Juana, por caprichos amorosos que aparecian más ridículos á causa de su edad, se indispuso con Caracciolo, y los enemigos de éste, habiendo logrado prenderle, se apresuraron á darle muerte, no dejando á la reina otro consuelo que el de mandar que se le hicieran magníficos funerales.

Tambien Luis III había terminado sus dias sin dejar hijos. De consiguiente, Juana designó por su heredero á Renato, hermano de este príncipe, y murió á la edad de sesenta y cuatro años (1435). Con ella se estinguió la primera casa de Anjú que duró en el trono ciento sesenta y ocho años. Las adopciones caprichosas de Juana costaron guerras sin cuento á la Francia y á Nápoles, quienes para disputarse aquella preciosa corona, se apoyaban en los versátiles antojos de una mujer. Entonces la Calabria fué reunida á la Sicilia, sin consideracion á los derechos de Renato.

Sicilia.—Hemos visto como esta isla había tocado en el reparto á Federico I (ó II de Aragon), quien la defendió contra los Angevinos; pero desleal á los compromisos que había adquirido respecto de la Sicilia, jurados al tiempo de coronarse (1296), no supo sostener la revolucion generosa de sus nuevos súbditos, y suscribió á una paz deshonrosa. Sin embargo, había restablecido el orden en la isla, dándole ó permitiéndole que se diera sábias instituciones. A fin de restablecer la tranquilidad interior, licenció á las bandas de aventureros catalanes que fueron con Roger de Flor á buscar fortuna á Grecia (pág. 237), y para recompensar después á la nacion que le había elegido en el acuerdo de una voluntad enérgica, res-

tringió voluntariamente los derechos de la monarquía.

Había perdido el clero mucho de su crédito á consecuencia de la lucha que Sicilia se había visto en la necesidad de sostener con la corte de Roma. Los Angevinos habían aspirado más bien á granjearse la voluntad de los barones que la de las ciudades, con las cuales no se podían estipular tratados secretos. Halagados con la idea de que sus fuerzas eran necesarias para apoyar la eleccion, se poseían los barones de arrogancia, desplegando una extraordinaria pompa en sus vestidos, en sus recepciones, en las ceremonias exteriores. Alentados por el ejemplo de la nobleza aragonesa, tan rica en privilegios, se rodeaban de clientes y *adictos*, que se obligaban por juramento á proteger sus intereses. No ya los méritos, sino el nacimiento, era el que conducía á las más altas dignidades. El gran justicia, el gran camarlengo, todos los comandantes de mar y tierra eran elegidos entre los barones. Anteriormente habían obtenido que no se sacara ningun género al mercado hasta haber vendido los suyos: además, se necesitaba que los vasallos se atuvieran á las medidas adoptadas por cada uno de ellos para el pago de sus censos. Poco contentos con estas ventajas, alegaban todos los dias nuevas pretensiones respecto del rey, de tal manera, que Federico, que juntaba la fuerza á la dulzura, apenas conseguía reprimirlos. A fin de refrenar la codicia de los magistrados en el campo, limitó su jurisdiccion y su autoridad. Fué dividida la isla en cuatro valles en lugar de dos, y nombró muchos jueces subalternos que dependían de cuatro grandes tribunales de justicia. Al mismo tiempo que ponía bajo la dependencia del director de rentas (*magister secretus regni*) secretarios especiales, instituidos en Palermo, en Mesina, en Catania y Siracusa, Federico redujo á una especie de magistratura comunal á los señores jurados, instituidos por Carlos de Anjú, á razon de uno por ciudad para inspeccionar los actos de la justicia del rey, de los nobles y del clero. Tambien confió á los municipios el nombramiento y la inspeccion de muchas magistraturas de institucion real en otro tiempo, sobre las cuales era imposible fijar la vista desde lejos, no reservando á la corona más que el nombramiento de primer juez en cada localidad. Igualmente dividió, en cuanto le fué posible, las diferentes ciudades, de modo que formaran muchos cuerpos independientes, que hacia más débiles el aislamiento contra la real prerogativa.

Así llegó á desarrollarse la organizacion por municipios que los Staufen habían impedido en Sicilia, y pudo en lo sucesivo poner trabas á la autoridad del soberano. Un bailío, algunos jueces y jurados constituían el consejo municipal, que en ciertos casos convocaba un número mayor ó menor de consejeros mercaderes y ancianos. Fueron escludidos los nobles de los cargos municipales, á lo menos en las ciudades reales, y aconteció lo

propio más tarde respecto de sus adictos; la corporacion vecinal y el cuerpo aristocrático se hallaban separados de esta suerte y opuestos el uno al otro. Federico permitió á los nobles vender é hipotecar sus feudos sin necesidad de obtener el real consentimiento, con tal de que no fuera en favor del clero, y á condicion de pagar la décima parte al fisco del valor en que fueran enajenados, y de sujetar al nuevo poseedor á las mismas obligaciones á que estaba sujeto él antes. Esta, que parece una concesion arrancada por la necesidad, era una de las medidas más oportunas que se podían adoptar para llegar á disminuir las propiedades y hacer que circularsen las riquezas, cuya acumulacion ponía trabas al ejercicio del poder.

En la necesidad en que se encontraba el rey Jaime de ganarse el afecto de los sicilianos, había eximido de contribuciones á concejos enteros. De este modo había empobrecido las rentas, cuando una interminable guerra hacia sentir más vivamente la necesidad de dinero. Mucho trabajo costó á Federico conseguir que rindieran más productos. Para este objeto hizo que votaran los parlamentos nuevas contribuciones, y llamó á ellos constantemente, en union de los prelados y de los barones, á los síndicos de las ciudades, representantes del pueblo que formaban un tercer *brazo*; así imitaba además del nombre algunas de las formas de la constitucion aragonesa. Revestido el rey con las insignias de su dignidad, abría la asamblea con un discurso dirigido á los tres brazos: los prelados y los barones estaban sentados á los dos lados del trono, los síndicos de las ciudades enfrente, y cada uno de los brazos deliberaba por separado. La primera asamblea celebrada en Catania, en que fué elegido Federico (1296), decidió la union perpétua del parlamento, y sujetó al clero á contribuir á las cargas públicas de todos aquellos bienes que no estuvieran especialmente afectos al culto.

No obstante, la renuncia hecha por Carlos de Anjú á aquel derecho de la monarquía siciliana, en virtud del cual había conferido Urbano II al rey Roger II la autoridad del legado pontificio, fué recuperado por los príncipes aragoneses (4).

De consiguiente, salió Sicilia en su revolucion con una organizacion monárquica, única en Italia; y hay que agradecer que mantuviera la tranquilidad y la justicia en tiempos tan borrascosos, sin recurrir á la opresion. Pero desde este instante empieza la decadencia de la isla y del interés de la aristocracia; el orden público no fué el objeto que se propusieron los estatutos parciales. Los nobles, á quienes los príncipes suabios habían tenido á raya, adquirieron tanta arrogancia en la guerra que sucedió á las Vísperas sicilianas, que pretendieron en tiempo de Pedro III hacer hereditarias las más altas funciones: cada casa se hizo en union de la

(4) GRÉGORIO.—*Consideraciones sobre la historia de Sicilia*, Palermo, 1816.

masa vecinal centro de las facciones, que llegaron á luchar en guerra abierta bajo las denominaciones de los Alagona y de los Chiaramonte, de los Palizzi y de los Ventimiglia, y cada uno de estos jefes tenía sus prosélitos y su bandera.

Federico el Simple.—Estas luchas se hicieron más encarnizadas en tiempo de Luis, que sucedió á su padre á la edad de cinco años, y en tiempo de su hermano Federico II ó III, que no tenía más que trece (1355). De aquí resultó desmoronarse todo el edificio, y no quedar gobierno central propiamente dicho. «Aumentóse de tal manera el furor de los partidos, que donde quiera que se encontraban, se mataban sin misericordia como fieras, en medio de asechanzas y de traiciones, empleando recíprocamente las facciones el hierro y el fuego para devastar los dominios de la contraria. Quedó en tanto abandono el cultivo de los campos, y se consumieron tan completamente los productos recolectados, que aquella isla que poco antes abundaba en toda clase de subsistencias, fué reducida por el hambre y la miseria á ver á gran número de sus habitantes emigrar por familias á otros países.» (5) Pareció aquel momento favorable á los reyes de Nápoles, que habían disimulado sus pretensiones sin renunciar al propósito de hacerlas valer un día: Juana I ocupó á Mesina con la promesa de declararla capital de Sicilia (1350); Chiaramonte y Ventimiglia se pusieron de acuerdo para recuperarla, y los reyes de Nápoles consintieron en la paz á condicion de que la isla se declarase tributaria suya.

Martin II.—Federico II había establecido al estilo sálico el método de sucesion por agnados (1277) excluyendo á las hembras de la corona. Pero el papa autorizó á Maria, única heredera de Federico III, para ser su sucesora. En un principio se

(5) Villani, que se espresa en estos términos en el libro II, capítulo 61, añade este hecho en apoyo:

«Un catalan, que tenía un castillo, indujo á sus compañeros á entrar en negociaciones con un conde de Ventimiglia, que en su deseo de ser señor de aquella plaza, entró allí, sobradamente confiado en el pacto que se había hecho, con ciento cuatro hombres, aunque creía le siguiese mayor número. Pero no bien estuvieron dentro, se cerraron las puertas por los traidores, quienes hicieron prisioneros al conde y á los suyos. Aun cuando entre aquel número se contaban hombres que hubieran querido rescatarse por dinero, y era bueno conservarlos para las eventualidades de la guerra, se entregó á toda su crueldad el alma feroz de aquellos catalanes. Despojando inmediatamente á los infelices prisioneros, les ataron así desnudos las manos á la espalda, les hicieron subir unos tras otros á las almenas de la torre más alta del castillo, y los arrojaron sin piedad desde aquella altura al fondo del precipicio, donde sus pobres cuerpos fueron despedazados por la violencia de la caída contra las fragosidades de las rocas. Solo al conde se le conservó la vida, no por un impulso de humanidad, sino por el deseo de obtener en cambio de salvarle la cabeza, un castillo que poseía en las inmediaciones del de sus bárbaros enemigos.»

opuso Pedro de Aragon á este convenio: después consintió en que Martin su sobrino se casara con esta princesa, mas como ambos murieron sin dejar hijos, el padre del esposo, el anciano Martin, exrey de Aragon les sucedió en el trono. Así cayó Sicilia en la condicion desgraciada de una provincia (1391), lo cual se prolongó por espacio de tres siglos. Deplorables tiempos en que el papa y los reyes napolitanos no cesaban de fomentar discordias ya inevitables en la constitucion del reino, y que continuaban agitándole aun después que la libertad había perecido.

Entre los barones se hallaban en primera línea las familias de los Chiaramonti y de Alagona, la primera inclinada á los italianos, y más popular de consiguiente; la segunda adicta á los españoles. Pero la faccion *latina* y el partido *catalan* tiranizaban el país á porfía, apoderándose de las rentas del Estado, de la administracion, de la guerra, de la justicia. En vez de mejorar su organizacion municipal, se hallaban dominadas las ciudades por los nobles, que elegían los magistrados y colocaban en el puesto de capitán real, ó bien le espulsaban, á algun baron de su partido, y últimamente las convertían en alquerías de sus propiedades. Martin aspiró á restituir energia al poder monárquico. Pero, olvidando los nobles sus enemistades, se ligaron en Castronovo, estipulando prestarse recíprocamente ayuda, sin contar que estaban apoyados seguramente por el papa. Obligado entonces Martin á entrar en negociaciones con ellos, se esforzó por poner las cosas bajo el pié antiguo, por recuperar las rentas enajenadas, por proporcionar al país alguna fuerza dándole un cuerpo armado permanente, de trescientos soldados con celadas y cascos, de los cuales ciento eran sicilianos y los demás extranjeros.

Apenas comenzaban estas mejoras á producir algun efecto (1412), cuando estallaron nuevas turbulencias. A la muerte del rey Martin II, levantaron los partidos la cabeza; y Mesina, recordando sus antiguos esfuerzos, sacudió el yugo extranjero para prometer fidelidad al papa Juan, que declaró depuestos á los aragoneses, por no haber pagado nunca el tributo á la Santa Sede. Pero lo que desagradaba al pueblo, convenía á los barones; ayudaron, pues, á los que le hacían la guerra, hasta el momento en que habiendo ascendido al trono de Aragon Fernando de Castilla, fué reconocido por todos como rey legítimo.

Alfonso el Magnánimo.—No fué siquiera á visitar la isla, y si Alfonso V (ó I), que le sucedió, acudió allí (1416), fué únicamente para disimular sus designios sobre la Córcega y el reino de Nápoles. Pretendíase heredero de aquella corona por adopcion de Juana II; pero Renato, hermano de Luis III, se apoyaba en el mismo título. Dividiéronse, pues, los naturales entre los dos pretendientes, que se disputieron á merecer el trono, haciendo al país el mayor daño posible. Sitió Alfonso á Gaeta, defendida por los genoveses, y la redujo á la última es-

tremidad; pero como acababan de hacer salir á los niños, mujeres y ancianos, respondió á los que le aconsejaban rechazarlos, con objeto de rendir la ciudad por hambre: *Prefero no tomar á Gaeta que renegar de la humanidad!* Acogiéolos, pues, y los sustentó. La flota de Génova, que obedecía entonces á Felipe Maria Visconti, derrotó la de Aragon, cerca de la isla de Ponza (6) (1435), é hizo prisionero al mismo rey, que fué enviado á Milan con dos de sus hermanos y un centenar de barones entre españoles y sicilianos. Este Alfonso había leído catorce veces la Biblia con los comentarios y la citaba á cada paso; oía todos los días tres misas, dos rezadas y una cantada, sin dejar de hacerlo por nada del mundo; asistía á las solemnidades religiosas de rodillas, con la cabeza descubierta y sin apartar los ojos del libro; el jueves Santo lavaba y besaba los piés de los pobres; todas las noches se levantaba para rezar el Oficio Divino; ayunaba todas las vigiliás y todos los viernes, absteniéndose de comer pan, acompañaba al Viático á casa de los enfermos (7). Unia á un alma elevada maneras tan nobles y seductoras, que el mismo helado corazón de Felipe Maria fué seducido por esto. Persuadióle el príncipe aragonés que era importante para él no dejar á una casa francesa poner el pié en la Baja Italia; y no sólo le devolvió Visconti la libertad sin rescate, sino que le procuró tambien los medios de recuperar aquel reino.

El otro rey de Nápoles, Renato, se encontraba tambien prisionero del duque de Borgoña. Pero cuando recobró su libertad, los dos competidores comenaron una guerra donde ostentaron valor y generosidad. Renato, señor de un corto país, no hubiera podido, con solo el apoyo de un papa desterrado, sostenerse contra Alfonso, sin las bandas de Jacobo Caldora, duque de Bari, que había reunido las tropas abandonadas por el rey Ladislao,

(6) Esta victoria, que Sismondi llama *la más importante y gloriosa que en todo el siglo se había conseguido en el Mediterráneo*, se debió á una estratagema, que parece pueril en una época en que ya se conocía la artillería. «Combatieron, dicen las crónicas napolitanas (*Rer. Ital. Script.*, XXI, 1101), con jabon, aceite, pequeñas vasijas de barro, piedras de cal, que arrojaban desde lo alto de las gavias sobre los buques enemigos, consiguiendo que las personas no se viesen una á otra, y á veces ofendían á los de su partido, creyendo que pertenecían al bando opuesto.» Juan Cavalcanti dice mas esplicitamente: «El medio empleado por los genoveses fué de maravillosa destreza; llevaron un infinito número de vasijas de barro, como cacerolas y cántaros, que llenaron de cal viva y de ceniza; después, en el principio de la batalla, se colocaron de manera que el viento les soplara por la popa y al enemigo de frente. Los genoveses no recurrieron menos á las vasijas que á las armas, y siendo heridos sus enemigos en el rostro con las cenizas encendidas ó inflamadas que el viento arrojaba, teniendo los poros abiertos por la traspiracion y la fatiga de la batalla, esta cal les causaba tal dolor, que abandonaban sus armas y nadie se ocupaba más que en frotarse los ojos.»

(7) VESPASIANO.

y desde la muerte de Braccio y Esforcia, pasaba por el primer capitán de la época. Así fué que cuando murió, y su hijo se indispuso con los Angevinos, la causa de los príncipes franceses se perdió. Alfonso, por medio de un conducto subterráneo, que descubrió, penetró en Nápoles por aquella salida. Renato, que se había hecho amar en el país, se retiró á Francia. Hizo Alfonso su entrada triunfal en Nápoles, con una corona en la cabeza y cinco á sus piés, aludiendo á sus demás reinos de Aragon, Sicilia, Córcega, Cerdeña y Mallorca. Los nobles españoles y los señores napolitanos de su partido fueron recompensados á espensas de sus adversarios. Aunque entregándose á los placeres en una corte voluptuosa, y al mismo tiempo al estudio, tomaba una parte muy activa en los acontecimientos que agitaban á la Italia. Tito Livio era su autor favorito, y tenía frecuente trato con Jorge de Trebizonda, Valla, Filelfo, el Panormitano, Manetti, Aretino, Decembrio, Aurispa y Pontano. Residía comunmente en Nápoles, donde instituyó el sagrado tribunal real de Santa Clara ó sea Capuano, justicia suprema que se extendía sobre todos sus Estados. Concedió á los barones napolitanos en sus investiduras, el derecho de justicia que no habían poseído nunca, enajenando tambien una de las más preciosas prerogativas de la corona, con el objeto de que Fernando, su hijo natural, no tuviese que experimentar para sucederle oposicion por su parte.

Fernando pasaba por haber nacido de Margarita de Hajar; y la mujer de Alfonso hizo estrangular á esta señorita, que segun dicen, sacrificó su honor para dejar cubierto el de una dama de más elevada cuna. Envió Alfonso su mujer á España, haciendo juramento de no volver él mismo; después nombró por su testamento á Fernando, rey de Nápoles, dejando á su hermano Juan la Sicilia, la Cerdeña y los demás Estados de Aragon. Numerosos competidores quisieron disputar á Fernando su herencia; pero se casó con la hija del más temible de ellos, que era su tío Juan. Fué sostenido contra los demás por Francisco Esforcia, y por Jorge Castrioto Escanderbeg, que pagó de esta manera á Alfonso la asistencia que éste le había prestado contra Mahomet. Aseguróse su triunfo, cuando Jacobo Piccinino, el mayor capitán aventurero de aquella época, y yerno de Francisco Esforcia, abandonó el servicio de Juan de Anjú para pasar al suyo. Fernando le recompensó haciéndole dar muerte; y convenciones estipuladas no le impidieron cebarse contra los enemigos vencidos.

Contribuyó Fernando activamente á turbar la paz de que gozaba la Italia desde 1454, y se entendió con el papa y la república de Siena para derrocar el poder de los Médicis. Entonces reanimó Lorenzo, de acuerdo con los venecianos, la faccion angevina (8); después concluyó la paz di-

(8) Juan Pontano refiere (*Belli napolitani*, lib. V) que

rigiendo la tormenta sobre los venecianos, que viéndose vendidos, no titubearon en incitar á los turcos para recobrar las comarcas itálicas que antiguamente habian dependido del imperio de Oriente. El gran visir Acmet Breche-Dente, saliendo de Valona, desembarcó cerca de Otranto, del que se apoderó y de donde llevó diez mil habitantes en esclavitud, después de haber muerto á doce mil; dejó allí guarnición, y se fué á reunir nuevas fuerzas. Se concibe el espanto de la Italia; disponiase el papa á huir allende los montes, escitando á los italianos á armarse, pero á la muerte de Mahomet II, la guarnición turca perdió la esperanza de ser socorrida, y se decidió á restituir Otranto. Entonces Fernando, en lugar de reunirse á los demás potentados de Italia, para asegurar el país contra los ataques de los turcos, se vengó de los venecianos, escitando á su yerno Hércules de Este, duque de Ferrara, á poner trabas á su comercio en el Pó. De esta manera es cómo malas y bajas pasiones contribuyen á formar alianzas ó á fomentar enemistades.

El valor con que Fernando refrenaba á los barones, su crueldad, la avaricia que le inducía á hacer innobles monopolios, le hacían odioso, y sobre todo los modales altaneros, la dureza de su hijo Alfonso, duque de Calabria. Este príncipe hace poner preso en Aquila, donde era poderoso, á Pedro Lallo, conde de Montorio, y ocupa la ciu-

mientras que Fernando de Nápoles sitiaba en Mondragon, una ciudadela del partido angevino, que la falta de agua habia reducido á la última estreñidad, ciertos sacerdotes impíos hicieron caer la lluvia con conjuraciones mágicas. Encontraron algunos mancebos intrépidos que ganaron de noche la ribera por caminos muy difíciles, allí blasfemaron delante de un crucifijo, profiriendo las más horribles maldiciones; después le arrojaron en las olas, pidiendo la tempestad al cielo, al mar y á la tierra. En el mismo momento los sacerdotes habian tomado un asno, y le decían como á un moribundo las oraciones de los agonizantes; le hicieron comulgar y después de haber celebrado sus exequias, le enterraron vivo delante de las puertas de la iglesia. De repente el cielo se cubrió de nubes, rugió enfurecido el mar, esparcióse la oscuridad por los aires, los truenos, relámpagos y torbellinos surcaron las nubes, de donde se desprendieron torrentes de agua, y encontrándose ya la ciudadela provista de abundante agua, Fernando se vió obligado á retirarse.

En semejantes estreñidades, la Roma sabia antigua enterraba á un hombre y á una mujer.

dad, que se gobernaba en república; furiosos los habitantes le arrojan de sus muros, y se entregan á Inocencio VIII. Los principales barones se ligan con el pontífice, de un carácter no obstante pacífico, y esponen sus agravios al rey. Resueltos después á no sufrir la dominacion de Alfonso, enarbolan la bandera de la Santa Sede y se declaran en abierta rebelion. Concluyóse, en fin, la paz, mediante el compromiso tomado por el rey de conceder entero perdon á las rebeldes, y entregar al papa Aquila, con los barones que le habian prestado homenaje. Era ésta una asechanza de Fernando: en efecto, apenas los barones depusieron las armas; cuando los hizo poner presos y dar muerte, ocupó á Aquila, y negó el tributo prometido. Indignado Inocencio, le declaró depuesto del trono, é invitó á ceñírsela al rey de Francia Carlos VIII, lo cual fué para la Italia origen de nuevos desastres.

Por su parte la Sicilia, pedía en vano, con instancia, ser considerada como reino diferente, y se convertía cada vez más en una provincia de Aragón. Cada tres años se enviaba á ella un virey del que dependían los jefes de la cancillería, ó dicho de otra manera, los secretarios de Estado, los magistrados del Supremo Tribunal, y un gran consejo compuesto de los principales dignatarios, barones y prelados. Residiendo los vireyes tan pronto en una ciudad como en otra, y por último en Palermo, tenían facultades casi ilimitadas, pero frecuentes instrucciones secretas les ataban las manos, y no podían decidir nada importante sin la aprobacion del rey, al paso que ejercían sobre los súbditos y los funcionarios una autoridad arbitraria. Los empleos de justicia mayor, archivero, protonotario, el de gran senescal, de gran canceller, no eran más que títulos vanos, concedidos á las principales familias de Sicilia y Aragón; y como el virey desempeñaba además las funciones de capitán general, no habia necesidad de gran condestable, ni de gran almirante; además, casi siempre se confirió esta dignidad á un extranjero.

Todo lo que sobrevivía de existencia política residía en las asambleas nacionales, que contrabalanceando el poder del virey, de corta duracion, esponían las necesidades del público mejor que lo hubiesen podido hacer los mismos vireyes, cuya momentánea permanencia apenas les dejaba el tiempo de conocerla y empobrecerla. Para colmar la medida, establecióse allí la inquisicion española en 1513 por Fernando el Católico.

CAPÍTULO XXI

ESTADO PONTIFICIO.

Se habia suscitado en el concilio de Basilea la cuestion de saber si la Iglesia no recobraría mayor pureza separándose de las intrigas de una dominacion terrestre. Pero uno de los oradores dijo: «Hubo un tiempo en que pensé sería muy útil separar el poder temporal de la autoridad espiritual; actualmente estoy convencido de que la virtud sin fuerza es ridícula, y de que sin el patrimonio de la Iglesia, el pontífice romano no sería más que un servidor de los reyes y de los príncipes.» (1) En efecto, la servidumbre de Aviñon habia demostrado á los papas y á los príncipes cuán importante era asegurar á la Santa Sede una existencia independiente, con el objeto de que no se convirtiese en un instrumento pasivo de los caprichos de los reyes. Ocupáronse, pues, en consolidar su poder político, cuando declinaba la autoridad espiritual. Martin V, de la familia de los Colonna, que pudo hacer cesar el cisma, habia encontrado el patrimonio de la Iglesia enteramente trastornado; pero restableció en ella el orden y la dignidad. Hizo que Juana II le restituyese á Roma, que Ladislao habia ocupado; arrebató Perugia á Braccio de Montone (2), y las demás pequeñas plazas á los tiranos que se habian instalado en ellas. El cardenal Albergati, no menos santo en su modo de

vivir que hábil diplomático, supo devolver á la Santa Sede su importancia política en los negocios de la Italia; y llegó á terminar varios tratados de paz con ayuda de su sola habilidad en negociaciones; habilidad que le valió más que las armas.

Pero varias casas señoriales se habian establecido en el patrimonio de San Pedro. La de los Polenta habia perdido á Rávena en 1438; cuando los venecianos ocuparon aquella ciudad, que conservaron medio siglo, Faenza é Imola obedecían á los Manfredi; los Ordelaffi de Forli y los Varani de Camarino dominaban allí á su antojo, aun cuando eran considerados como vicarios del papa. Los Malatesta, capitanes afamados, se habian constituido un hermoso principado en Rimini, sometiendo á Fano, Pesaro, Camerino, San Severino, Macerata, Montesanto, Cingoli, Yesi, Fermo y Gubbio; pero todo lo perdieron en tiempo de Martin V, escepto Rimini, Fano y Cesena. Odon Antonio, de Montefeltro, obtuvo de Eugenio IV, en 1442, el título de duque de Urbino. Este papa, que vió al país destrozado entre los Esforceschi y los Braceschi, y puesto sitio por ellos á Roma, de donde se vió precisado á huir, se decidió, para ganarse apoyos, á conceder dominios y títulos; pero Picanino venció á Fortebraccio, y devolvió á San Pedro sus antiguas posesiones.

Nicolás V (Tomás Parentucelli) fué uno de los papas más dignos de este nombre, y que, aun teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, contribuyó más que Leon X, al progreso de la civilizacion con su proteccion ilustrada. Restauró el panteon de Agripa, y fundó la biblioteca del Vaticano, donde reunió cinco mil volúmenes. Todos los hombres instruidos fueron acogidos por él. Sus cartas estaban escritas por Poggio de Florencia, Jorge de Trebizonda, Flavio Biondo, Leonardo de Arezzo, Gianotto Manetti, Francisco Filelfo; y

(1) SCHRÖCK, tomo XXXII, pág. 90.

(2) «En 1424 fué muerto Braccio de Montone... Hubo en esta ocasion gran festejo y algazara en Roma, donde se celebraron fuegos artificiales y bailes. Todo romano iba á caballo, con una antorcha en la mano, para acompañar á mesire Jordano Colonna, hermano del papa Martin, en vista de que habia muerto el enemigo del papa. Ahora bien, puesto que habian perecido sus enemigos, el papa Martin no encontró ningun otro impedimento; mantuvo en su tiempo la paz y la abundancia, y el trigo llegó á estar á cuarenta sueldos el rubbio.» INFESSURA.